



Presentación del libro Diálogo entre gobierno, movimiento indígena y organizaciones sociales en Universidad Politécnica Salesiana

Dr. Fernando Ponce León, S. J. 19 de abril 2022

El libro que hoy se presenta se refiere a un hito muy importante en la historia social y política reciente del país. Existen polémicas sobre sus motivaciones, impacto o valoración, pero, sin lugar a dudas, el paro nacional de junio de 2022, así como el de octubre del 2019, ha influido y seguirá influyendo en la vida social y política del país y de Quito.

Al mismo tiempo, este libro expresa un hito en la historia reciente de las universidades. Como suele suceder, ante los diversos eventos de coyuntura en el país, la gente se pregunta qué dice la academia. En circunstancias difíciles o en problemas que desafían la ética o llevan nuestra capacidad de asombro a nuevas alturas, es normal que la sociedad busque orientación, que pida una palabra esclarecedora y espera encontrarla en la academia.

Pues bien, en junio de 2022, tres universidades hablaron con sus hechos. Es cierto que hicimos declaraciones, como muchas otras instituciones o colectivos, pues no podíamos quedarnos con la boca cerrada. Pero más urgente que abrir la boca, fue el obrar por la solución del conflicto en la medida de nuestras capacidades y posibilidades.

Sobre este obrar, especialmente sobre la participación de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, quisiera ofrecer algunos comentarios que nos ayuden a reflexionar incesantemente sobre el rol de la universidad en el país.

La PUCE tuvo que enfrentar una difícil cuestión en junio de 2022: ¿cómo responder al pedido de ayuda de las organizaciones indígenas? Una vez que el Consejo Superior, nuestro máximo órgano de gobierno, resolvió que brindaríamos ayuda médica por razones humanitarias, más no albergue



como en octubre del 2019, porque las circunstancias espaciales no lo habrían permitido, redoblamos nuestros esfuerzos para encontrar una salida pacífica al conflicto. Al menos en una ocasión, representantes del Gobierno y de los indígenas se reunieron discretamente en nuestro campus; unas dos o tres veces estudiantes de Ciencias de la Salud se interpusieron entre la Policía y los manifestantes; muchos contactos se hicieron para bajar la tensión y muchos mensajes pasamos de una parte a la otra.

A medida que avanzaban los días, fuimos transmitiendo al Gobierno y a las organizaciones nuestra predisposición a mediar entre ellas. Por lo que entiendo, esta actitud fue bien recibida por las organizaciones indígenas puesto que el día 28 de junio, y luego de dos intentos fallidos de mediación –uno de un conglomerado de 400 fundaciones y asociaciones de la sociedad civil y el segundo de la Asamblea Nacional–, estas organizaciones solicitaron la intermediación de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana (CCE), del Consejo Episcopal Latinoamericano, de los rectores de las universidades que prestaban ayuda humanitaria y de las hermanas Lauritas.

Con la aceptación del Gobierno y la hábil actuación de la Conferencia Episcopal, al fin se logró firmar el Acta por la Paz el 30 de junio y constituir el esquema de mediación que quedó conformado de la siguiente manera: la CCE, como la garante del diálogo, más no de los resultados; las tres universidades, a cargo de la facilitación de las mesas, las hermanas Lauritas, como veedoras y la PUCE, como responsable de la relatoría y de la coordinación general del grupo de facilitadores y relatores. En total fuimos un grupo de 29 facilitadores y relatores entre los que hay que incluir a sendos académicos de la Universidad Técnica de Ambato, la universidad UTE y la FLACSO, universidades que respondieron a la invitación que hizo la PUCE.

Inmediatamente después del 30 de junio, la PUCE tomó contacto con la Agencia de cooperación alemana GIZ con quienes acordamos un proceso de capacitación técnica y acompañamiento posterior para los 90 días de diálogo previstos. Hay que notar que los facilitadores fueron seleccionados



por cada universidad en virtud de sus capacidades de conducir diálogos diversos, aunque en contextos distintos. Por esta razón, la capacitación y acompañamiento de gran nivel que nos ofreció la GIZ fue muy útil y apreciada y por esto nunca está de más reiterar nuestro agradecimiento.

La primera mesa de diálogo, sobre la focalización de los subsidios a los combustibles –que tuve el gusto y el susto de facilitar– se instaló el 12 de julio y, luego de muchas pausas, se cerró el 14 de octubre, una media hora antes de la firma del acta de cierre. Esto es una clara muestra de la versatilidad que caracterizó al diálogo en las 10 mesas temáticas, pues mientras esta mesa se abría, suspendía, reabría y reacomodaba, los nueve restantes se abrieron y concluyeron no sin dificultades.

Durante los 90 días que duró el diálogo, tuve también la ocasión de participar en la mesa de coordinación del diálogo, donde se elaboró una segunda versión de la hoja de ruta, se ajustó más de una vez el cronograma de apertura de las mesas y se decidió la firma del acta de cierre del 14 de octubre, conteniendo los acuerdos, desacuerdos y puntos pendientes de las 10 mesas de diálogo.

Esta acta de cierre contiene, como una perla, la siguiente frase: “En base a los documentos habilitantes, las Organizaciones de Nacionalidades y Pueblos y Organizaciones Sociales representadas por la CONAIE, FEINE y FENOCÍN, y, el Gobierno Nacional, se comprometen a dar fiel cumplimiento a los acuerdos mencionados en los documentos anexos”.

Además de estos resultados, el acta de cierre reporta también el acuerdo de lo que se llamó la Mesa 11, es decir el acuerdo sobre la metodología de seguimiento del diálogo, que vendría después y que se aprobó una vez que las cuatro partes vieron la luz al final del túnel.

A partir de aquí, se abrió la fase del seguimiento al cumplimiento a los acuerdos. En esta nueva etapa, las tres organizaciones y el Gobierno Nacional solicitaron a la PUCE su participación como facilitadora y relatora, el 24 de octubre. Por diversas circunstancias, otras universidades no



podieron acompañarnos, y toda la facilitación y relatoría fue responsabilidad de 16 académicos de la PUCE, a quienes nunca me cansaré de agradecer.

CONCLUSIÓN

Es común escuchar de tanto en tanto, en actos académicos o en escritos de diversa índole, esta frase: “Hacia donde va la universidad, va el país”. De buenas a primeras, parece un lema razonable, pero por poco que se analice no es ni una adecuada descripción de la realidad ni un ideal que deba ser seguido acríticamente.

Primero, porque esta frase encierra una cierta soberbia que concibe a los académicos como los oráculos de la patria, los únicos que saben qué debe hacerse en el país, lo cual es impreciso, por decir lo menos.

En segundo lugar, lo contrario tampoco es absolutamente exacto, aunque la tentación de afirmar sin más “hacia donde va el país, va la universidad” sea grande. No es cierto descriptivamente, porque algunas universidades viven de espaldas al país y poco o nada les interesan sus problemas reales.

En tercer lugar, desde el punto de vista ideal, la universidad debería también ir hacia donde van las ciencias y las tecnologías; hacia donde apuntan las nuevas teorías científicas y sociales; hacia donde nos lleve el pensamiento crítico, incluso a costa de volverse incómoda para un determinado gobierno o para las tendencias sociales o culturales predominantes.

Por último, sucede a veces que el país no parece ir a un lugar preciso o parece querer ir a distintos lugares contradictorios –ejemplos de esto nos sobran por estas fechas– y, sin embargo, la universidad no puede quedar paralizada, aunque el país lo esté.

Como quiera que sea, en junio de 2022, las tres universidades sentimos la parte de verdad que tiene esta expresión “hacia donde va el país, va la universidad” o, al menos, debería ir de manera crítica, sabiendo hacer lo que sabe: gestión de los conocimientos con sentido transformacional.



Este desafío lo asumimos como un ideal y lo pusimos por obra conscientes de los muchos riesgos que esto conllevaba. Ahora, que revisamos estos intensos meses de junio a octubre, e incluso hasta este abril, podemos estar orgullosos de nuestra contribución y, por lo menos en lo que concierne a la universidad que represento, aunque creo que bien podría hablar por mis colegas, listos para lo que los ecuatorianos y ecuatorianas requieran de nosotros.

El centro de la universidad está fuera de la universidad. Esto que algunos creemos, lo hemos practicado estas tres universidades.

